



ABRIL

Cuando a los nueve años decidí que quería ser astrofísica, fue porque creía que algún día estudiaría las estrellas.

No que me *convertiría* en una.

A ver, seamos claros. No soy una estrella al nivel de Aniston, Clooney o Streep. Nadie me pide fotos en la calle.

En términos *nerds*: si esos famosos como Clooney forman parte de los supergigantes azules y blancos del universo, la doctora Miranda Reed (es decir, yo) es más bien como una estrella enana roja.

En términos *menos nerds*: es poco probable que los paparazis aparezcan detrás de un arbusto para verme comprando víveres.

Mi nombre no es reconocido en absoluto. Pero ¿en los círculos sociales de cerebritos?

Bueno, lo diré así: puede que no sea la Persona del Año de la revista *People*, pero *he sido* la Científica del Año de la revista *Citizen*. Y tuve una mención popular en las listas de los «30 científicos menores de 30» antes de que mi último cumpleaños me dejara fuera de la contienda.

He concursado en *Jeopardy!* siete veces, de las cuales gané cuatro, y hasta he sido presentadora invitada del programa en dos ocasiones. Y si alguna vez has visto un programa matutino del canal nacional durante una luna azul o una lluvia de meteoros, es posible que me hayas visto.

Estoy orgullosa de decir que a menudo soy la primera opción de las grandes cadenas cuando necesitan a alguien para explicar algo «científico» a sus televidentes.

Aquí es donde en esta especie de alarde no tan humilde debería decir que la pseudofama es agotadora y que solo quiero ser una científica *común*.

Pero ¿la verdad? Me gusta llevar la ciencia a las masas. Me gusta hacerla accesible, en especial para las niñas y las mujeres, para quienes el mundo científico siempre ha parecido un poco más inaccesible. Y sobre todo, en días como este, me gusta que ser un poco famosa me proporcione una distracción muy necesaria de que hoy es *el* día.

El día para el que trabajamos durante toda nuestra carrera académica. El que estábamos esperando.

El día en que obtenemos esa única decisión por sí o por no que puede consagrar o arruinar nuestra carrera: la obtención de la titularidad.

—*Muchas* gracias, doctora Reed —dice la estudiante rubia de pregrado en mi oficina mientras le hace zoom a la selfie que nos acabamos de tomar en su teléfono móvil.

Jennifer Müller, una alumna del curso de Astronomía 101 que estoy dictando, que tiene una mente brillante y curiosa, así como una tendencia a llegar tarde a todas las clases, ahora frunce el ceño mirando la pantalla.

—¿Le puedo poner un filtro antes de publicarla? La iluminación aquí dentro es un poco aburrida.

—Claro. Pero no me hagas Photoshop para agrandarme los ojos, reducirme la cintura, ni nada de eso —digo—. Detesto esas tonterías.

—¡Dios mío, jamás! ¡Tiene una gran belleza natural! Ojalá pudiera salir así sin maquillaje.

Parpadeo.

Porque *estoy* maquillada. O sea, no mucho. Solo un poco de corrector para ocultar el hecho de que mi horario no me permite dormir demasiado, gel para mantener mis cejas gruesas características en su lugar. Máscara de pestañas, porque, bueno, ¿quién no luce un poco mejor con máscara de pestañas?

Pero al parecer, lo que pensé que era sutil en realidad es... invisible.

Hago una nota mental para agregar un poco de lápiz labial la próxima vez.

—Gracias de nuevo por la foto —dice Jennifer—. Sé que es un poco tonto, pero mi papá es un *gran* admirador suyo. Se va a volver loco.

—Es un placer. Y apuesto a que tu papá se emocionaría aún más si algún día llegaras temprano a clase. —Suavizo la reprimenda con una sonrisa.

Jennifer hace una mueca.

—Cierto. Lo siento. Es que me cuesta levantarme temprano. No puedo creer que el departamento le haya asignado el peor horario, el de las ocho de la mañana, cuando hay lista de espera para su clase. ¡Deberían dejarle escoger los horarios!

Dado que ya se está dirigiendo hacia la puerta, no me molesto en explicarle que *yo* elegí ese horario, y es justamente debido a la popularidad de la clase que le pedí al jefe del departamento el horario más temprano posible. La primera hora no es popular, por

lo que significa que quienes se inscriben de veras quieren estar en la clase, que no son solo estudiantes quieren ver a la «profesora de *Jeopardy!*» en persona.

Jennifer sale de mi oficina prometiendo ser la primera en llegar a clase mañana.

Antes de que pueda volver a concentrarme en la calificación del último grupo de trabajos sobre el ciclo de vida de las estrellas, me interrumpen de nuevo, esta vez es un colega profesor.

—¡Dios mío, es la doctora Miranda Reed! —dice Elijah en un susurro dramático antes de simular tomar fotos rápidas, estilo paparazi. Finge comenzar a desabrocharse la camisa—. ¿Me firmas el sostén?

Pongo los ojos en blanco mientras Elijah Singh, profesor de física computacional, se desploma en la silla frente a mí. A diferencia de mi asignatura, la clase de Elijah no tiene lista de espera.

Pero a diferencia de la mayoría de mis otros colegas, él no parece tenerme rencor por ello.

Elijah es lo más parecido a un amigo que tengo en el mundo despiadado que es el Departamento de Física de la Universidad Nova. También es el más cercano a mi edad, tal vez por eso intentamos tontamente salir hace un tiempo. Por suerte, durante la tercera cita los dos llegamos a la conclusión de que lo más explosivo entre nosotros son nuestras discusiones sobre los procesos de fusión nuclear. Ahora está felizmente casado con una encantadora geóloga llamada Sadie, y él y yo hemos sostenido fácilmente una amistad.

Señala las rosas blancas en mi escritorio y sonrío, expectante.

—Supongo que ese lujoso ramo que has recibido significa que puedo felicitarte, ¿no?

—Aún no —digo, soltando un suspiro nervioso—. Todavía no he escuchado nada. —Miro el ramo—. Me lo mandó mi familia. Se adelantaron un poco con las felicitaciones.

—Bueno, fue una apuesta bastante segura por su parte —dice Elijah con confianza—. Puede que seas la más joven de aquí, pero también eres la cara del departamento. No hay forma de que la junta se arriesgue a perder a su gallina de los huevos de oro.

Me muerdo el borde interior del labio, tratando de ignorar el pinchazo que me generan sus palabras. Valoro la muestra de confianza, pero me molesta que hasta mi mejor amigo del trabajo piense que obtendré la titularidad porque soy una celebridad y que soy una apuesta segura en uno de los principales institutos de ciencia y tecnología del país solo porque soy mejor que la mayoría delante de una cámara y me siento cómoda frente a un micrófono. Y que seré una ventaja para el departamento no porque sea una científica extraordinaria, sino porque he continuado con el legado de Carl Sagan y Neil deGrasse Tyson de *popularizar* la ciencia.

Me molesta.

No quiero convertirme en profesora titular porque he estado en programas de entrevistas.

Quiero lograrlo por los mismos méritos que mis colegas y por las mismas razones: porque soy una excelente profesora, porque mis escritos académicos y teorías están en la cima y porque soy buena para la ciencia.

Ser titular es la mayor aprobación académica. Y convertirme en profesora titular en una universidad de Manhattan prestigiosa como Nova es el objetivo principal. Al menos lo es para la hija de una matemática de Harvard y un físico de partículas del MIT, y la hermana de un profesor de química de Yale y un microbiólogo del Boston College.

La academia, más que la ciencia misma, no es solo algo a lo que los Reed nos dediquemos: es lo que *somos* desde hace generaciones. No he pasado ni un solo 4 de julio sin que mi papá no

hubiera contado a cualquiera que quisiera escuchar que uno de sus antepasados fue profesor de John Adams en Harvard en la década de 1750.

Incluso hay un debate recurrente en las cenas familiares sobre cuál de nosotros será el próximo Reed en enseñarle a un futuro presidente. Hasta ahora, mi madre es la que ha estado más cerca: una exsecretaria de Estado una vez se sentó en su aula y, como no se avergüenza de contar, casi no aprueba.

—No puede ser buena señal que estén esperando hasta el final del día para notificarme la decisión —le digo a Elijah, sin poder evitar que los nervios se cuelen en mi voz—. Generalmente, se promociona a alguien al principio del día y se despide al final, ¿o no?

Él pone los ojos en blanco.

—No te van a despedir.

Le lanzo una mirada.

—En este mundo, que te nieguen la titularidad es básicamente lo mismo a que te despidan.

—Cierto —admite—. Si te despiden, la gente puede por lo menos especular sobre alguna razón jugosa y escandalosa. Pero que te nieguen la titularidad significa...

—Que no eres lo suficientemente bueno —termino su frase.

—Exacto. Pero tú —me señala con el dedo— sí lo eres. Prácticamente eres...

—Perdón por interrumpir. Doctora Reed, ¿tiene un minuto?

—Elijah y yo miramos hacia la puerta, donde descansa la doctora Brenda Kowalski.

Bueno, «descansa» quizá no sea la palabra correcta. Eso implica una especie de ligereza voluble que no se aplica en absoluto a Brenda, a pesar de que la brillante profesora apenas mide un metro cincuenta y siete. Puede que sea diminuta en estatura, pero su personalidad

intensa crea una presencia imponente que tiene a la mayoría de los estudiantes, y al menos a la mitad de los profesores, aterrorizados.

Nunca me he considerado parte de la mitad aterrada.

De hecho, *casi* la considero una amiga. Si bien no tengo el mismo tipo de amistad que tengo con Elijah, cuando entré a la universidad Nova me convertí en la profesora más joven en la historia del Departamento de Física, y ella me cobijó bajo su ala. Debo admitir que a veces parecían alas de *dragón*, pero con el paso del tiempo, se ha convertido en una mentora y en alguien de confianza.

Y porque la conozco tan bien es que mi estómago se retuerce cuando veo su cara. Sin duda no es la expresión de alguien que trae buenas noticias.

Elijah no parece captar la energía de Brenda, porque inventa alguna excusa sin sentido para irse y me da un pulgar hacia arriba entusiasta detrás de la espalda de la doctora antes de que ella cierre despacio la puerta en su cara.

Brenda se acomoda los anteojos y se aclara la garganta.

Y entonces lo sé. *Lo sé.*

Lo impensable está sucediendo.

Ay.

Dios.

Mío.

No tengo mucha experiencia con el fracaso, pero lo reconozco cuando lo tengo frente a mí.

—Me negaron la solicitud de titularización —digo, con la voz entre un susurro y un ronquido.

Ella asiente, con una cara de genuina amargura.

—Pedí que me permitieran decírtelo en privado en lugar de seguir la práctica estándar de anunciar la decisión en presencia del consejo.

Logro asentir despacio para mostrarle mi agradecimiento por

su consideración, pero es difícil sentir algo más que una chispa de aprecio. El rechazo en privado sigue siendo rechazo.

Y duele tanto que no puedo respirar.

A través de una neblina de confusión e incredulidad, soy apenas consciente de que Brenda sigue hablando. Me está explicando el *por qué*. Sé que debería importarme. Intento concentrarme mientras ella habla y habla sobre prioridades mal ubicadas y que mi personalidad pública es una *distracción* para el objetivo científico del departamento. Dice algo sobre que tengo un permiso especial para tomarme un año sabático. Pero todo suena como con interferencia. Interferencia increíble, impensable, *patética*.

—Miranda —dice después de que termina su explicación y ve que yo no respondo—, ¿estás bien?

Me siento orgullosa de mí misma, porque en lugar de sucumbir al impulso de llorar, solo levanto una ceja. *¿Qué te parece, Brenda?*

Ella entrelaza las manos al frente, y me siento apenas más satisfecha al ver que, por primera vez desde que nos conocemos, parece incómoda.

—Es obvio que esperamos que consideres nuestra propuesta de que te tomes un año sabático y luego regreses como profesora adjunta. Eres muy talentosa en el aula, Miranda. Esa parte nunca estuvo en duda.

Por fin encuentro mi voz, y me alivia que sea más fuerte que hace unos minutos, cuando pronuncié la fatídica frase «Me negaron la solicitud de titularización».

—Se los agradezco. Lo voy a pensar —digo.

De inmediato, algo dentro de mí se rebela ante la mera idea de considerar su patética oferta de ser profesora adjunta, ni hablar de aceptarla, pero trato de recordarme a mí misma que las buenas decisiones rara vez se toman en el calor del momento.

Brenda se queda un minuto mirándome, y luego, por suerte, parece percibir que quiero estar sola, porque asiente y se va. Al salir, cierra la puerta despacio.

Pierdo la noción de cuánto tiempo he estado sentada, tratando de ordenar pensamientos que se niegan a ser ordenados.

Finalmente, tomo el sobrecito entre las flores de mi familia. Saco la tarjeta y, usando el bolígrafo que la universidad me dio por mi primer aniversario como profesora, tacho la palabra «felicitaciones».

Y en su lugar, escribo: «Nuestro más sentido pésame».

Con mucho cuidado y precisión, guardo de nuevo la tarjeta en su sitio.

Luego, en un gesto que es mezquino y profundamente satisfactorio a la vez...

Lanzo el bolígrafo a la basura.